

teóricas y metodológicas adecuadas al reconocimiento de la interculturalidad como objeto central de estudio. Pienso en una investigación de las diferencias que no excluya la desigualdad, un trabajo de campo sobre procesos empíricamente localizables que no los desconecte de las redes transnacionales, un saber atento a la voz de los actores sin por eso disimular las condiciones institucionales que lo legitiman o financian. Y, por supuesto, es valorable que la fascinación ante el otro sea transmitida por un relato que no se quede en la fascinación, no ingenuo pero que tampoco se apague por los empeños obsesivos de la desconstrucción. Fidelidad e ironía.

5

Norte y sur en los estudios culturales

¿Cómo averiguar, a esta altura, qué son los estudios culturales? En libros titulados con estas palabras encontramos reinterpretaciones de la historia de la literatura, debates sobre lo que les pasa a la cultura y la política al apoderarse de instituciones familiares o al liberarse de dictaduras, críticas a las flaquezas de las humanidades y las ciencias sociales, polémicas sobre la exégesis legítima o políticamente más productiva de Derrida y de Deleuze, de Lacan y de Laclau, del modernismo y el posmodernismo, de la globalización y de sus antagonistas: subalternos, poscoloniales, postoccidentales. La lista no acaba aquí, como lo comprobaron dos autores que para escribir una introducción a los *cultural studies* buscaron citas en Internet, en el año 2002, y encontraron más de 2.500.000 de referencias (Mattelart y Neveu, 2003).

Podría pensarse que sucede hoy con los estudios culturales algo semejante a lo que pasaba hace 20 años con el marxismo, cuando no se sabía si estaba más en alguna de sus apropiaciones estatales o en sus versiones althusserianas, neogramscianas o guerrilleras, hasta que la demolición del muro berlinés volvió menos recias estas distinciones. Algunos críticos insinuaron que tal vez los estudios culturales habían sido exitosos como sustitutos del marxismo. Sin embargo, ahora son otras las condiciones en que se plantean las insuficiencias de las investigaciones sobre la sociedad y la cultura.

Los últimos cambios de los estudios culturales están ocurriendo sin estrépitos de muros. Haré algunas referencias a transformaciones dis-

tintas de las que percibíamos en 1989, y por supuesto de las que hace 30 o 40 años incitaron a Raymond Williams, Roland Barthes y otros a *lecturas transdisciplinarias sobre los compromisos ocultos entre cultura, economía y poder*. Si estos rasgos aún pueden definir, como en aquella época, el proyecto de los estudios culturales, el problema no es elegir la interpretación correcta o políticamente más eficaz de esas herencias sino descubrir los papeles de la cultura en esta etapa del capitalismo. Mis recursos para repensar esto proceden sobre todo de América latina, pero los principales autores de esta región identificados como parte de los estudios culturales se caracterizan por haber desarrollado sus proyectos intelectuales en diálogo con autores estadounidenses y europeos de los *cultural studies* y de las ciencias sociales.

De las salidas de emergencia a las puertas giratorias

Al situarnos en la intersección de estas tres regiones, debemos considerar la redistribución actual del poder académico y comunicacional. Escribí en otro lugar que, al pasar del siglo XX al XXI, cuatro fuerzas prevalecen en la administración internacional de la imagen de lo «latinoamericano»: a) los *grupos editoriales españoles*, últimamente subordinados a megaempresas europeas (Berstelmann, Planeta), en parte complementados por grupos comunicacionales (Prisa, Telefónica y Televisión española); b) algunas *empresas comunicacionales estadounidenses* (CNN, Time Warner); c) los *latinamerican cultural studies*, concentrados en las universidades estadounidenses y con pequeños enclaves complementarios en Canadá y Europa; d) los *estudios culturales latinoamericanos*, entendidos en sentido amplio como la producción heterogénea de especialistas en procesos culturales, literarios y científico-sociales, con un intercambio intenso pero menos institucionalizado que el de los latinoamericanistas estadounidenses. Hay un quinto actor, que son los gobiernos latinoamericanos y sus políticas culturales, pero no es fácil justificar su lugar entre las fuerzas predominantes por su deprimida participación respecto de las tendencias estratégicas del desarrollo cultural (García Canclini, 2002: 48-49).

En relación con la producción intelectual, aún es baja la incidencia de las empresas audiovisuales. Solo en los estudios comunicacionales se considera la reconfiguración actual de las imágenes de América latina, por ejemplo en el periodismo de CNN, los entretenimientos distribuidos por Time Warner, Televisa, Globo, la difusión discográfica de las grandes empresas y otros actores que articulan sus inversiones en medios escritos, audiovisuales y digitales. Me interesa aquí concentrar-

me en los aportes a la comprensión de la interculturalidad en los dos ámbitos donde los estudios culturales extendieron sus análisis teóricos: el académico y el editorial. En un capítulo posterior voy a ocuparme de este proceso en relación con la presencia (y la ausencia) del cine latinoamericano en los mercados globales.

Los editores españoles, que controlan el mercado de libros en castellano, habiendo absorbido a muchas casas editoras de México, Buenos Aires y el resto de América latina, ven a este continente como creador de literatura y como ampliación de las clientelas españolas. No publican casi nunca estudios culturales, sociológicos o antropológicos de latinoamericanos, y, cuando lo hacen, sus filiales de la Argentina, Chile, Colombia o México, limitan la circulación de esos libros al país de origen. Salvo pocas editoriales de tamaño medio, con sedes en Barcelona, México y Buenos Aires, como el Fondo de Cultura Económica y Gedisa, se ha construido la imagen internacional de América latina como proveedora de ficciones narrativas, no de pensamiento social y cultural, al que solo le atribuyen interés doméstico, para el país que lo genera.

Hay que reconocer a los latinoamericanistas de Estados Unidos, y a especialistas en *cultural studies*, que prestan atención a la literatura latinoamericana y también a la investigación sociocultural. Existen más libros de Roger Bartra, Jesús Martín Barbero, Beatriz Sarlo y otros diez pensadores de América latina traducidos al inglés, examinados en universidades y revistas de esa lengua, que en francés o en italiano, y que en las universidades y publicaciones españolas.

Si bien en los centros estadounidenses abundan las investigaciones económicas y politológicas sobre América latina, en los estudios culturales del mundo angloparlante se dedican más páginas a las *interpretaciones* enunciadas por autores de América latina que a los *procesos socioculturales y económicos* de este continente. En cierta alianza con la tendencia posmoderna al textualismo, los *cultural studies* norteamericanos debaten con fervor las nociones de lo popular, lo nacional, la hibridación, la modernidad y la posmodernidad de los latinoamericanos, pero rara vez lo hacen en conexión con los movimientos culturales y sociales a los que tales conceptos aluden. Se ha vuelto más excitante confrontar a autores del sur con los del norte que trabajar con unos y otros para renovar la mirada sobre la alta cultura y los medios, sobre el desencanto con las transiciones democráticas, la guerra en Colombia y alrededores, la recomposición geopolítica y geocultural entre Estados Unidos y América latina.

La propensión textualizante de los *cultural studies* ha generalizado prácticas ensimismadas. Los estudios culturales comenzaron como

una salida de emergencia. Durante décadas las disciplinas tenían puertas especiales, según se quisiera entrar a letras, filosofía, antropología o historia. Los espacios y temas a los que no se llegaba de ese modo se agrupaban como estudios de área: había departamentos de español y portugués, de francés o italiano, de chino o de religiones africanas. Con el tiempo, la interdisciplina, las migraciones, la comunicación masiva y otros desórdenes del mundo volvieron porosas las paredes que separaban a los departamentos. Llegaron entonces los *cultural studies*, y también los estudios culturales latinoamericanos —que no son la traducción de los angloamericanos, pero tienen paralela vocación transdisciplinaria— y hallaron, entrando por la puerta de la filosofía, caminos hacia la antropología, y que lo que se aprendía en letras, economía o sociología servía para introducirse, aunque fuera por las ventanas, a otros edificios.

Los estudios culturales que abrieron esas salidas de emergencia hoy se parecen, a veces, a una puerta giratoria. No digo que no haya cambios mientras se da vueltas. Se puede entrar derridianamente y salir homibhabhiano, empezar logocéntrico y dar el giro hacia el desconstruccionismo, pasar del análisis textual de la puerta al debate sobre la performatividad de sus biselados.

Para explicar mejor esto hay que distinguir entre estudios culturales y estudios culturales. Unos fueron los movimientos teóricos, a veces generacionales, que enfrentaban la rutina y la sordera de las disciplinas humanísticas y las ciencias sociales; investigaciones que revelan los nexos de la cultura con el poder, de las injusticias económicas con las de género, del arte con las industrias culturales: todo eso sigue existiendo y da resultados desparejos, localizables en unos pocos libros más que en revistas. Con frecuencia, la transversalidad de esta no disciplina que son los estudios culturales fue clave para renovar la exploración de la cultura: leer un texto literario con instrumentos sociológicos, estudiar artesanías o músicas folclóricas como procesos comunicacionales, preguntarse con qué recursos estilísticos construye su argumentación un científico social. En este sentido, es constitutiva de los estudios culturales la apertura a la alteridad.

Al decir que estos estudios configuran una no disciplina me refiero a que se forman saliendo de las ortodoxias teóricas y las rutinas de pensamiento con las que suelen investigar estos temas los especialistas. Los estudios culturales avanzaron gracias a su irreverencia con los fraccionamientos exclusivos de la propiedad intelectual, aunque esto no tiene que ser sinónimo de descuido científico. Los mejores especialistas en estudios culturales han aprendido a entender la cultura en una disciplina particular: Raymond Williams, Jean Franco y Beatriz Sarlo

estudiando literatura para después hacer historia intelectual, David Morley y Jesús Martín Barbero investigando la comunicación para explicar que los medios no se descifran sino como parte de las prácticas culturales. Sus obras se crearon tomando en serio un campo del saber y sintiendo en algún momento un malestar parecido al que hoy experimentamos ante los barrios cerrados.

Estructurar campos disciplinarios fue, en los siglos XVIII al XX, como trazar calles y ordenar territorios autónomos en un tiempo en que había que defender la especificidad de cada saber frente a las totalizaciones teológicas y filosóficas. Pero las disciplinas se entusiasmaron con esta labor urbanística y, por razones de seguridad, comenzaron a clausurar calles e impedir que sirvieran para lo que originalmente se construyeron: circular fácilmente y pasar de un barrio a otro. Los estudios culturales son intentos de reabrir avenidas o pasajes, e impedir que se vuelvan ampliaciones privadas de unas pocas casas.

Recuerdo este origen disciplinario de notables especialistas porque a veces se piensa que hacer estudios culturales no requiere trabajar disciplinadamente, con rigor, los datos. En verdad, se trata de conseguir más datos, cifras que los estudiosos de la literatura no suelen manejar, o a la inversa, tomar en serio narrativas y metáforas que los economistas y sociólogos usan sin problematizarlas. La tarea de los estudios culturales no ha mejorado sustituyendo los datos con intuiciones, ni deslizándose por el ensayo en vez de desarrollar investigaciones sistemáticas. Lo que les da mayor apertura y densidad intelectual es atreverse a manejar materiales conexos, que no eran considerados conjuntamente para hablar de un tema. ¿Por qué tales novelistas, además de experimentar con recursos retóricos, lo hacen desde una posición étnica o de género? ¿Qué diferencia el consumo de las telenovelas o las películas cuando se las recibe en una metrópoli o en un país periférico, desde tradiciones locales más fuertes o más frágiles?

Sabemos que con los años *cultural studies* se volvió también la fórmula mercadémica en la que esas peripecias incipientes, aún poco sistemáticas, fueron convertidas en maestrías y doctorados, cánones subalternos, poscoloniales, posdisciplinarios, donde el saber se confunde a veces con el acceso al *tenure* y otras en el signo de la imposibilidad de alcanzarlo. De un modo o de otro, sumando la vertiente hegemónica y la maldita, ofrecen un repertorio de autores citables, de citas autorizadas, politizaciones eufóricas sin destinatarios, erudiciones a las cuales lo transnacional no le quita su semblante doméstico. En suma, una abundancia autoacorralada. Por eso, algunos volúmenes dedicados a estudios culturales dan la sensación de que trabajar en este campo es como circular por una puerta giratoria.

No propongo recuperar el impulso del movimiento original, por ejemplo el del grupo de Birmingham. El mundo cambió demasiado en estos 30 años para que ese deseo resulte verosímil, y de hecho decenas de autores, tesis arriesgadas y unas pocas investigaciones fieles a ese origen a fuerza de irse por otros caminos, hacen latir todavía el proyecto. Puedo mencionar algunos ejemplos renovadores, como Stuart Hall y George Yúdice. Pero cuando trato de alargar la lista se me cueñan autores casi nunca mencionados en el *Citation Index* de los coloquios sobre estudios culturales, o sea gente como John Berger, y textos que no se escribieron como *cultural studies*, digamos los de Norbert Lechner. También algunos jóvenes investigadores –tanto latinoamericanos como estadounidenses– que leyeron todo lo que hay que saber sobre estudios culturales, pero no tienen como fin en la vida desarrollar los *cultural studies*, ni afirmar lo político y epistemológicamente correcto. Son búsquedas discrepantes, que levantan o bajan la mirada de otro modo sobre los desafíos actuales a la investigación; hablan de las condiciones diferentes en que se hace cultura cuando el éxito y los fracasos del neoliberalismo modificaron lo que se entendía por poder y por mundo simbólico.

Dos libros de los últimos años atestiguan la expansión global de los estudios culturales y el avance de proyectos renovadores en las líneas que acabamos de indicar. Por una parte, *A Companion to Cultural Studies*, coordinado por Toby Miller, reconoce la repercusión y reelaboración del programa originado en Gran Bretaña y los Estados Unidos con autores africanos, asiáticos y latinoamericanos, así como su significación geopolítica e interdisciplinaria, nutrida en investigaciones empíricas. «¿Pueden los estudios culturales hablar español?» se titula el texto de Jorge Mariscal, que documenta ampliamente –como los de Ana María Ochoa, George Yúdice y el propio Toby Miller– la fecundidad de trabajar comparativamente las diferentes tradiciones de estudios culturales.

El otro libro sobresaliente es *Términos críticos de sociología de la cultura*, dirigido por Carlos Altamirano, en el que 39 autores latinoamericanos –no sólo sociólogos, sino también críticos de arte y literatos, historiadores de la cultura, antropólogos, semiólogos, comunicólogos y urbanistas– muestran los beneficios de importar «enfoques, esquemas y conceptos» de unas disciplinas a otras para definir en notas extensas 50 términos. La combinación del balance histórico con las perspectivas analíticas y teóricas desarrolladas en diálogo entre América latina y otras regiones revelan cuánto se ha venido enriqueciendo la producción intelectual en la medida en que, como dice Altamirano, se adopta la recomendación borgeana: tomar como propia toda la tradición occi-

dental y manejar sus temas sin fetichismo y ninguna superstición de escuela.

Latinoamericanistas y latinoamericanos

En la última década del siglo XX gran parte del debate se centró en vincular y diferenciar los *latinamerican cultural studies* y los estudios culturales latinoamericanos. Se alcanzó un nivel teórico de intercambio por momentos fecundo, que permitió comprender mejor las condiciones diversas de la práctica intelectual en Estados Unidos y en América latina (Beverly, Mato, Mignolo), sus distintos modos de articular academia, política y búsquedas estéticas (Achugar, Moreiras, Richard). Si bien estos autores iluminan las relaciones socioculturales norte/sur, el conjunto de la bibliografía identificada como estudios culturales o *cultural studies* se ocupa poco, como dije, de las bases socioeconómicas, políticas y comunicacionales de las transformaciones culturales recientes. O sea: las que colocan en puestos protagónicos de estos cambios a los actores transnacionales citados antes como reorganizadores de la imagen y de las condiciones de existencia de lo latinoamericano.

Los estudios culturales y los estudios latinoamericanos de las décadas de 1980 y 1990 del siglo XX estuvieron ligados a movimientos revolucionarios que acabaron su ciclo o fueron desvirtuados, a «alternativas» socialdemócratas en los procesos de democratización, fracasadas como proyectos económicos, sociales y culturales. Ahora solo contamos con referentes en movimientos sociales innovadores (el Zapatismo, los Sin Tierra, las agrupaciones de derechos humanos), considerables para encarar la cuestión indígena, la pobreza extrema y los efectos históricos de las dictaduras, pero que no alcanzan a sustituir ni a generar cambios decisivos en el decadente sistema de partidos. De manera que la falta de actores consistentes que enfrenten a escala macro los procesos de desnacionalización y transnacionalización (solo se insinuó como movimiento de protesta, no como programa, en Seattle, Cancún y el Foro Social de Porto Alegre) deja con débiles soportes sociales lo que en los estudios culturales hubo de proyecto estratégico. Únicamente señalo aquí este asunto de la construcción de nuevos sujetos transformadores, que retomaré más adelante.

Ubicarnos en esta nueva etapa exige retomar un rasgo histórico clave de los estudios culturales: hacer teoría sociocultural con soportes empíricos a fin de comprender críticamente el devenir capitalista. No

la afirmación de posiciones políticamente correctas sino la relación tensa entre un imaginario utópico, solo en parte político, y una exploración intelectual y empírica que a veces lo acompaña y a veces lo contradice. En tanto ni el imaginario utópico ni la exploración intelectual de las décadas de 1960 o 1980 pueden repetirse hoy, no hay restauración filológica posible del momento fundacional. No se trata de suturar una tradición herida.

Para evitar esas distracciones, conviene poner el foco en la tensión entre lo que el imaginario utópico y la exploración intelectual podrían ser ahora: por ejemplo, la que ocurre entre las promesas del cosmopolitismo global y la pérdida de proyectos nacionales. ¿Qué tiene de nuevo este conflicto? ¿Con qué disciplinas, o con qué conjunto de saberes no específicamente culturales, es necesario vincular el estudio de la cultura?

Me pregunté hace tres años, al escribir una nueva introducción a *Culturas híbridas* (2001), cuáles son las bases económicas de esta desconstrucción de las naciones. Menciono algunas: ante todo, la pérdida de control sobre las finanzas por la desaparición de la moneda propia en Ecuador y El Salvador, por la dependencia del dólar y las devaluaciones inducidas desde el exterior en otros países. Aun donde subsisten monedas nacionales, los emblemas que llevan ya no representan la capacidad de gestionar soberanamente sus precios ni sus salarios, ni las deudas externas e internas. Ni tampoco la economía y la simbólica de la cultura que circula por sus territorios. Algunos cambios ocurren en los primeros años del siglo XXI (Kirchner más que Lula), pero el panorama socioeconómico y cultural de América latina sigue parecido.

Entre las décadas de 1940 y 1970 la creación de editoriales en la Argentina, Brasil, México, y algunas en Colombia, Chile, Perú, Uruguay y Venezuela, produjeron una «sustitución de importaciones» en el campo de la cultura letrada, decisiva para desarrollar la educación, formar naciones modernas y ciudadanos democráticos. En las últimas tres décadas la mayoría de los editores fue quebrando, o vendieron sus catálogos a editoriales españolas, luego compradas por empresas francesas, italianas y alemanas. Los nuevos dueños de Babel se llaman Bertelsmann, Planeta y Vivendi, ahora los mayores productores de libros en América latina, en Europa, y aun en Estados Unidos desde que el primero compró Random House.

¿Cómo seguir haciendo estudios culturales sin analizar las consecuencias de estos procesos de concentración y enajenación de recursos? No se trata de que las investigaciones literarias o de cine dejen de trabajar con los textos y desentrañen sus significados intrínsecos, e incluso valoren su especificidad estética con más cuidado que el habitual

en los estudios culturales. Pero en tanto se ocupan de los procesos de recepción, corresponde examinar, junto con los textos y el debate ideológico que los enmarca, la acumulación desigual de propiedad cultural, la asimetría en el acceso de las regiones a la información y el entretenimiento, la posibilidad de que cada cultura construya su propia imagen y comprenda las de los otros. Es parte del sentido discursivo de la sociedad el modo en que las nuevas condiciones de producción y circulación simbólica modifican los modos de leer, ver cine o «chatear» por Internet. ¿Cómo limitarse a hablar de textos literarios si los productores los tratan como productos editoriales, qué podemos captar de la música y las películas si son seleccionadas y difundidas como el disco de la semana y mercancías para las multisalas?

Todo esto reubica la agenda clásica de los estudios culturales. Concluyo con un ejemplo referido a la cuestión de la interculturalidad, que se convirtió en asunto del diálogo entre latinoamericanos y latinoamericanistas en los últimos años. La acción afirmativa sigue siendo importante en los campos de la etnicidad y el género, pero aun en ellos se ve restringida en tanto no somos capaces de estudiar e inventar nuevos modos de afirmación de la diversidad cultural frente a la transnacionalización económico-simbólica. Sabemos que estas reivindicaciones deben buscar disminuir la desigualdad social, pero no lo lograremos si no contamos con una información y un poder cultural confrontables —no equivalentes— con los que tienen los actores transnacionales. Como evidencias de las aperturas que están ocurriendo en los estudios culturales y en los estudios socioantropológicos y comunicacionales sobre cultura, en cierta medida combinados, dedico la segunda parte de este libro a la rediscusión de la interculturalidad en América latina, la reconstrucción de la noción de sujeto más allá del posmodernismo, las articulaciones entre ser diferente y desconectarse en las culturas juveniles, las formas actuales de la diversidad en la sociedad del conocimiento y la globalización frustrada del cine latinoamericano.

Tal vez esta tensión entre las promesas del cosmopolitismo global y la pérdida de proyectos nacionales, no parezca tan distinta de las que animaron obras como las de Raymond Williams, cuando trabajó, dentro de su nación, los conflictos de su época. Se parecen y difieren, en tanto esta modernidad globalizada no deja de ser modernidad, y no abandona el capitalismo sino que lo exaspera. Pero hoy actuamos en otro paisaje que es como la explosión del anterior. Muros y puertas han caído, aunque siga habiendo quienes giran entre sus ruinas. En esta explosiva expansión tecnológica y económica, de repertorios culturales y ofertas de consumo, en este estallido de mercados y ciudades,

se han perdido proyectos y espacios públicos, pero quedan fragmentos o esquivas diseminados por la explosión, retomados por movimientos sociales y culturales. Sus trayectorias –para usar una imagen de Alessandro Baricco– dejan graffiti, en los que buscamos figuras significantes.

Los estudios culturales pueden ser ahora intentos de encontrar el sentido de las huellas inscriptas por esos fragmentos sobrevivientes.

MIRADAS